

Posibles escenarios de la escuela en un mundo globalizado

De entre todos los problemas que se están generando como consecuencia de la globalización, hay que destacar dos que tienen una importancia específica y de primer orden, sobre todo en relación con aspectos muy cualitativos de la educación. Nos referimos al papel de la escuela en este mundo globalizado y a las identidades culturales. En este artículo nos vamos a referir al primero de ellos

Amador Guarro Payas

Catedrático de Didáctica y Organización Escolar. Universidad de La Laguna

DEBEMOS partir de la base de que no todos los países están igualmente globalizados, ni todos afrontan los efectos de la globalización desde las mismas posiciones, lo que seguramente les complicará aún más las cosas. Así, la agenda en las políticas educativas de los países más pobres o en vías de desarrollo no tiene mucho que ver con los problemas que vamos a considerar desde la perspectiva de los más desarrollados.

Podemos decir que la escuela se encuentra ante una grave crisis de identidad, agudizada si cabe por la globalización, si bien las raíces de esta crisis son más profundas y vienen operando desde hace mucho tiempo. Tal es la situación que no estamos hablando de un problema de eficacia, que se podría resolver mediante una mejora técnica, sino de legitimidad. La escuela, en su época más brillante de la primera modernidad ilustrada, surge en un contexto de certezas (fabricación de la ciudadanía, integración social y laboral de los ciudadanos, socialización metódica), que se ve sustituido (años sesenta) por un conjunto de promesas (movilidad social e igualdad de oportunidades), que fueron malogradas en su día y la abocaron a su actual incertidumbre.

Curiosa y paradójicamente, esa crisis, sobre todo a partir de los años sesenta, ha corrido pareja al aumento de su democratización, pues ha puesto al descubierto que no sólo era incapaz de lograr la promesa de la igualdad de oportunidades, sino que se ha desvelado también, en toda su crudeza, su papel crucial en la reproducción de las desigualdades sociales y culturales que prometía combatir. Sin embargo, los análisis posteriores han puesto de manifiesto los mecanismos de esa reproducción y, al tiempo, los del fracaso escolar asociado a ella.

La imagen de la institución escolar como «máquina de integración social» a través de una «socialización metódica» también se está viniendo abajo

Por otra parte, la imagen de la institución escolar como «máquina de integración social» a través de una «socialización metódica», como diría Durkheim, también se está viniendo abajo debido al contexto de desinstitucionalización de los procesos de socialización que se están produciendo: «El fenómeno de mayor envergadura consiste en la

desinstitucionalización de los procesos de socialización. Ni la escuela, ni la familia, ni las iglesias pueden ser consideradas instituciones en el sentido clásico. Son más bien cuadros sociales en los que los individuos construyen sus experiencias y se forman, así, como sujetos»¹. La socialización y la autonomía han sido uno de los pilares de la educación y la escuela democráticas, es decir, al tiempo que se integra (socialización) en el mundo cultural y social, se consigue una autonomía moral o racionalidad autónoma (pensar por sí mismo).

Pero estos pilares sobre los que se asentaba la escuela, como señala la sociología moderna, están empezando a dejar de funcionar y los procesos de socialización ya no van parejos a los de subjetivación. Por una parte, la escuela no es capaz de socializar adecuadamente, y, además, en ese intento lo que sí está consiguiendo es la reproducción de los sistemas sociales. La socialización adecuada se refiere tanto a la interiorización de las normas, que permiten al individuo integrarse en una sociedad determinada, como a la capacidad de actuar autónomamente. Pero esa tesis está hoy cuestionada porque, en un contexto de desinstitucionalización, la construcción moral de los individuos ya no vendría dada por la interiorización de la autoridad moral de las normas, que no es reconocida por sí misma; y el proceso de subjetivación se ha disociado del de socialización, de tal forma que los individuos, en ausencia de modelos prescriptivos, actúan ante cada situación social según los modelos que ellos mismos se fabrican a partir de sus propias experiencias y relaciones.

Lo más preocupante de esta situación es que ese mundo de la escuela clásica (la escuela como institución socializadora) ya sólo funciona para los sectores sociales que se encuentran en lo alto de la pirámide social o insertados debidamente en las redes sociales, a pesar de las tensiones que surgen entre las normas de la institución y las de la cultura juvenil, pero excluye al resto de la ciudadanía, que representa la mayoría social, porque en su caso la tensión resulta insoportable.

Esta situación hace que la docencia se convierta en una tarea penosa, para la que el profesorado no ha sido preparado ni técnica, ni moral, ni ideológicamente, porque las reglas del juego (de cuando el profesorado era estudiante) han cambiado y no se acepta el nuevo contexto: “En las condiciones actuales, los agentes pedagógicos no tienen garantizada en la escuela el respeto y el reconocimiento de los jóvenes. Pero la autoridad pedagógica, entendida como reconocimiento y legitimidad, sigue siendo una condición estructural de la eficiencia de toda acción pedagógica. El problema es que hoy el maestro tiene que construir esa legitimidad entre los jóvenes y adolescentes. Para ello debe recurrir a otras técnicas y dispositivos de seducción. Trabajar con adolescentes requiere una nueva profesionalidad que es preciso definir y construir”².

Todo ello se agrava aún más porque el proceso de desinstitucionalización también alcanza a la familia, que parece no estar en condiciones de ofrecer la correspondiente educación moral y cívica, afectividad, etc., por lo que se obliga a la escuela, en una especie de delegación salvaje de responsabilidades (o al menos una dimisión de sus funciones educativas), a convertir se en una institución total que debe asumir tanto la socialización primaria (tradicionalmente a cargo de la familia) como la secundaria, para la que estaba concebida. Evidentemente, esa nueva institución total que ahora se demanda está por construir, y, en cualquier caso, deberá hacerse sobre una nueva concepción del proceso de socialización en el que, además de un nuevo profesorado, se tendrán que ver comprometidos otros agentes sociales (medios de comunicación, la familia), si no queremos ofrecer de nuevo promesas que no se podrán cumplir.

Por otra parte, la globalización ha uniformado las agendas de las políticas educativas de los países globalizados y ha contribuido a generalizar la competitividad como mecanismo estelar de la calidad educativa, lo que está provocando una reestructuración (o, más correc-

tamente, reconversión) de las escuelas. El problema es que en el río revuelto de la necesaria transformación de la escuela, la reestructuración, concebida desde una perspectiva neoliberal, pretende sustraer a la educación de la esfera pública para convertirla en un bien de consumo privado como una extensión más del mercado.

La OCDE (2001)³ ha dibujado los siguientes escenarios como consecuencia del proceso de reconversión de la escuela y del proceso de escolarización (ver tabla adjunta).

El primer escenario, mantener la situación actual, puede suponer (1) insistir en la escuela como un sistema burocrático, cuyas deficiencias están suficientemente comprobadas; (2) dejar que sea absorbida por el mercado, como se pretende desde los intereses neoliberales.

El segundo escenario implica reestructurar o reconvertir las escuelas en dos direcciones: bien (3) como centros sociales, bien (4) como organizaciones que aprenden. Finalmente, se apunta un tercer escenario que, aunque futurista no parece improbable. Este escenario supone el abandono de los procesos de escolarización tal y como los conocemos, sustituyéndolos por redes de aprendizaje y sociedad en red, o porque el profesorado se ha dispersado en múltiples escenarios o han ido desapareciendo como profesión. Si se va a resolver entre estos escenarios la necesaria transformación de la escuela, en nuestra opinión el primero y el segundo son probables pero no deseables; el tercero y el cuarto serían probables y deseables; el quinto y el sexto son poco probables y menos deseables.

Si los escenarios deseables implican optar por la re-escolarización (reconversión, transformación de las escuelas), sería conveniente perfilar las bases sobre las que se debe de producir ese proceso porque la ofensiva neoliberal por imponer el segundo escenario, y su modelo de hombre, (un ciudadano privatizado, responsable, dinámico: el consumidor), no va a cejar.

1 Dubet, F. y Martucelli, D. (2000): *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires: Losada, pp. 18-19

2 Tedesco, J.C. y Tenti Fanfani, E. (2002): *Nuevos tiempos y nuevos docentes*, Instituto Internacional de Planificación de la Educación. On-line: <http://www.iipe-buenosaires.org.ar>, p. 12

3 OCDE (2001): *Schooling for tomorrow: What school for future?* Paris: OCDE.

Incluir la variedad de identidades

SUPONIENDO que se evite la extensión del mercado a la escuela, existe otro dilema que aún está por resolver, y tiene que ver con el papel de la escuela en la construcción de una nueva identidad cultural, que debería responder al creciente multiculturalismo de nuestras sociedades (huyendo de la tentación de trasladar miméticamente el discurso multicultural norteamericano), lo que obligará a repensar el currículum entre la tensión de responder a las demandas de currículos diferenciados según cada cultura y la de mantener un currículum común.

La lógica cívica de cultura compartida, en la que se basa la idea de escuela pública, surgió de la integración de las diversas identidades para la creación de una identidad cultural común y tenía en el territorio bien definido de las naciones su marco de actuación. Ahora debe avanzar en el proceso de reconstrucción de la escuela hacia una inclusión de las diversas identidades al tiempo que se las reconoce y respeta, que sería la base de una renovada ciudadanía democrática.